



## El curioso silencio en torno a las burbujas de gas del Báltico

---

ALASTAIR CROOKE :: 14/10/2022

La versión europea del activismo liberal mantiene intacta la doctrina straussiana del excepcionalismo estadounidense y occidental

Muchos están confundidos. Europa acaba de perder una fuente clave de energía barata necesaria como base de recursos para el funcionamiento de cualquier sociedad y economía modernas. Llega también en el mismo momento en que Gran Bretaña y la zona euro han entrado en una crisis financiera inflacionaria.

¿Qué ha pasado? Una gigantesca burbuja de gas ha hecho estallar la superficie del Mar Báltico, marcando la desaparición de cualquier suministro putativo del Nord Stream a Alemania, "facilitando" así lo que el Secretario de Estado Blinken ha llamado una "tremenda oportunidad" para los EEUU. Curiosamente, el sabotaje coincidió con informes que sugerían que se estaban llevando a cabo conversaciones secretas entre Alemania y Rusia para resolver todos los problemas del Nord Stream y reanudar el suministro.

¿Y qué escuchamos de Europa? El silencio, aparte de las condenas superficiales y formulistas a Rusia. Por supuesto, lo saben. Saben quién lo hizo, pero la Euro-élite no lo dirá.

Para entender la paradoja del silencio europeo debemos observar la interacción de las tres principales dinámicas que operan en Europa. Cada una de ellas piensa que la suya es "una mano ganadora", el "todo y fin" del futuro. Pero, en realidad, dos de ellas no son más que herramientas útiles a los ojos de quienes tiran de las palancas y hacen sonar los silbatos (es decir, controlan las operaciones psicológicas) desde detrás del telón.

Además, hay una gran disparidad de motivos: Para los "straussianos" que están detrás del telón, están en guerra, una guerra existencial para mantener su primacía. Las dos segundas corrientes son proyectos utópicos que han demostrado ser fácilmente manipulables.

Los "straussianos" son los seguidores de Leo Strauss, el principal teórico neocon. Muchos de ellos son antiguos trotskistas que se pasaron de la izquierda a la derecha (llámenlos "halcones" neocon si lo prefieren). Su mensaje es una doctrina muy simple sobre el mantenimiento del poder: "No dejarlo escapar"; bloquear la aparición de cualquier rival; hacer lo que sea necesario.

El principal straussiano, Paul Wolfowitz, escribió esta sencilla doctrina - "destruye a cualquier rival emergente, antes de que él te destruya a ti"- en el documento oficial de planificación de la defensa de EEUU de 1992, añadiendo que había que "disuadir" a Europa y Japón, en particular, de cuestionar la primacía global de EEUU. Este esqueleto de doctrina, aunque reempaquetado en los regímenes posteriores de Clinton, Bush y Obama, ha continuado con su esencia sin cambios.

Y, dado que el mensaje de "destruir a cualquier rival" es tan directo y convincente, los

straussianos revolotean fácilmente de un partido político estadounidense a otro. También tienen a sus auxiliares útiles profundamente arraigados en la clase de élite estadounidense y en las instituciones del poder estatal. Sin embargo, la más antigua y fiable de estas fuerzas auxiliares es la alianza angloamericana de inteligencia y seguridad.

Los straussianos prefieren maquinarse desde detrás de la cortina y en ciertos 'think tanks' estadounidenses. Se mueven con los tiempos, contemplando, pero no asimilando, cualquier tendencia cultural que prevalezca "ahí fuera". Utilizan estos impulsos contemporáneos para elaborar nuevas justificaciones del excepcionalismo estadounidense.

El primer impulso importante en el actual replanteamiento es la política de identidad liberal, despertada, impulsada por el activismo y orientada a la justicia social.

¿Por qué el 'wokeismo'? ¿Por qué el 'woke' [conciencia de cuestiones de desigualdad social] debería ser de interés para la CIA y el MI6? Porque... es revolucionario. La política identitaria evolucionó durante la Revolución Francesa para poner en entredicho el statu quo; para derrocar su panteón de modelos de héroes; y para desplazar a la élite existente y hacer girar una "nueva clase" hacia el poder. Esto - definitivamente - excita el interés de los straussianos.

A Biden le gusta pregonar el excepcionalismo de "nuestra democracia". Por supuesto, Biden se refiere aquí, no a la democracia genérica en el sentido más amplio, sino a la rejustificación de la hegemonía global de los EEUU (definida como "nuestra democracia") "Tenemos una obligación, un deber, una responsabilidad de defender, preservar y proteger nuestra democracia... Está amenazada", dice.

La segunda dinámica clave -la Agenda Verde- es una que cohabita bajo el paraguas del régimen Biden, junto con la filosofía muy radical y distinta de Silicon Valley -una visión eugenista y transhumana que se alinea en algunos aspectos con la de la multitud de "Davos", así como con los activistas climáticos Verdes directos.

Para que quede claro: estas dos dinámicas distintas, pero que acompañan a "nuestra democracia", cruzaron el Atlántico para calar hondo también en la clase dirigente de Bruselas. Y para ser claros en otro punto: la versión europea del activismo liberal mantiene intacta la doctrina straussiana del excepcionalismo estadounidense y occidental, junto con su insistencia en que los "enemigos" sean retratados en los términos maniqueos más extremos.

El objetivo del maniqueísmo (desde que Carl Schmitt lo planteó por primera vez) es excluir cualquier mediación con los rivales, presentándolos como lo suficientemente "malvados" como para que la discusión con ellos sea inútil y moralmente defectuosa.

La transición de la política liberal al otro lado del Atlántico no debería sorprender: El mercado interior regulado de la UE fue precisamente concebido para desplazar el debate político por el gerencialismo tecnológico. Pero la propia esterilidad del discurso económico-tecnológico dio lugar a la llamada "brecha democrática". Esta última se convirtió cada vez más en la laguna ineludible de la Unión.

Los eurófilos necesitaban desesperadamente un sistema de valores que llenara ese vacío. Así que se subieron al "tren" liberal. Aprovechando esto -y el "mesianismo" del Club de Roma para la desindustrialización- dieron a las euro-élites su nueva y brillante secta de pureza absoluta, un futuro verde y unos inoxidables "valores europeos" llenando la laguna de la democracia.

En efecto, estas dos últimas corrientes -la política de identidad y la agenda verde- están en consonancia con las necesidades de los straussianos detrás de la cortina de la Casa Blanca.

Los nuevos fanáticos estaban profundamente arraigados en la élite europea en la década de 1990, en particular con la importación de la visión del mundo de Clinton por parte de Tony Blair, y por tanto estaban preparados para intentar derribar el panteón del viejo orden para establecer un nuevo mundo verde "desindustrializado" que lavara los pecados occidentales de racismo, patriarcado y heteronormatividad.

Ha culminado con la creación de "una vanguardia revolucionaria", cuya furia proselitista se dirige tanto a "los otros" (que casualmente son los rivales de EEUU), como a aquellos que en casa (ya sea en EEUU o en Europa) se definen como extremistas que amenazan "nuestra democracia (liberal)" y la necesidad imperiosa de una "revolución verde".

Esta es la cuestión: en la punta de la lanza europea residen los fanáticos de los Verdes, en particular el verdaderamente "revolucionario" Partido Verde alemán. Tienen el liderazgo en Alemania y están al frente de la Comisión Europea. Es el fanatismo de los Verdes fusionado con la "ruina de Rusia", una mezcla embriagadora.

Los Verdes alemanes se ven a sí mismos como legionarios de este nuevo ejército imperial transatlántico, derribando literalmente los pilares de la sociedad industrial europea; redimiendo sus ruinas humeantes, y sus deudas impagables, mediante un sistema financiero digitalizado y un futuro económico "renovable".

Y entonces, habiendo debilitado a Rusia lo suficiente, y con la aspiración de expulsar a Putin, los buitres acabarían llegando para depredar el cadáver ruso en busca de recursos, precisamente como ocurrió en los años 90.

Pero se olvidaron ... de que los straussianos no tienen "amigos" permanentes; la primacía de los EEUU triunfa sobre las alianzas.

Recordemos la doctrina straussiana: "lo que haga falta". Luego recuerden el comentario de Putin, en su discurso del 30 de septiembre: los "anglosajones volaron los oleoductos".

¿Qué pueden decir los fanáticos verdes europeos? Querían -de todos modos- derribar los pilares de la sociedad industrializada. Pues bien, lo han conseguido. Tal vez estén secretamente satisfechos. La vía de escape que representaba el Nord Stream para salir de la catástrofe económica ha desaparecido. No hay nada más que murmurar sin convicción: 'Putin lo hizo'. Y contemplar la ruina de Europa y lo que eso puede significar.

*Al Mayadeen*

---

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-curioso-silencio-en-torno>